

Contestación de Don José María Rey
Díaz al discurso de Don Juan Gómez
Crespo.

Señor Gómez Crespo:

La Real Academia cordobesa abre ahora mismo, de par en par su puerta mayor, para que paseis por ella.

Seguro podeis estar de que lo hace complacida y gustosa, gozándose en adquirir para sus tareas un valioso colaborador; que, sabe ella, porque lo sabemos todos los miembros de su Cuerpo, de qué manera se ha consagrado al estudio vuestra vida joven e intensamente laboriosa; y lo que de vos puede esperar la ciencia de hacer la Historia, como la de enseñarla a los que no la conocen.

Habéis nacido en un pueblo de esta tierra cordobesa que, por más de una razón tiene con la capital afinidades que lo aprietan a ella: origen, cercanía, identidad de costumbres y de intereses..., pertenecéis a una familia que compartió tiempo y hogar con Fernán Núñez y nuestra ciudad; se ha formado vuestro carácter y se ha perfilado vuestra inteligencia a la luz del cielo de Córdoba, bajo el manto azul de María Auxiliadora en las aulas del colegio regido por los hijos de San Juan Bosco en el típico barrio de San Lorenzo, y en las Cátedras del Instituto—entonces General y Técnico—, cuando no sospechábais vos, ni los demás, que el alumno comedido y estudioso iba a tornarse prontamente en el Maestro competentísimo y plétórico de ciencia; habéis entrado en el Claustro profesoral del Establecimiento oficial de Enseñanza Media, en cuyos bancos escuchábais poco antes nuestras lecciones—, como entra en una ciudadela un luchador victorioso, por derecho de conquista; os habéis adueñado con el arma poderosa de vuestra bondad, con la de vuestros talentos y con la de vuestras buenas maneras, de la voluntad y del corazón de los que un día fuimos vuestros maestros, ahora vuestros compañeros y siempre vuestros admiradores.

Nada de extraño tiene pues, que, quien en la virtud y el trabajo creció, imitando conductas heredadas, que quien al estudio ha ofrendado los mejores arrestos de su vida, y quien ganó en las lides de la inteligencia, lauros en el Bachillerato y carrera; y en oposiciones reñidas, calificación lucidísima y paso franco a profesar en la docencia española; que quien ejerce el magisterio, de manera intachable

destacada y ejemplar; que quien vence en concursos literarios y compone trabajos laudados por la crítica y publica en Revistas y folletos el resultado feliz de acertadas elucubraciones y pronuncia conferencias desde Tribunas que honran al que las ocupa—, nada tiene de extraño digo, que quien de esta y otras maneras acredita su valer, reciba requerimientos de incorporarse a centros de estudio como este que la Real Academia cordobesa viene significando en la vida local y fuera de ella, desde ciento treinta y cinco años atrás, y vea como se le abre la puerta, se le ofrece un sillón numerado y se le trae con todas las preeminencias, empavesando la Casa para recibirle, y dando al momento de la entrada, tono y solemnidad de Fiesta mayor.

Ya estáis dentro de la secular Academia, señor Gómez Crespo; y para que sea notoria y pública la alegría que ella siente al veros atravesar sus dinteles, — alegría de madre anciana, ante uno de los benjamines de la casa, en día de ventura—, se ha querido que reverdezca la antigua costumbre de traer estos actos de recepción solemne; al marco propio que siempre tuvieron, a esta Sala Capitular desde donde Córdoba es regida, para que el hecho del ingreso de un nuevo valor en el arca de sándalo de los prestigios seculares de nuestra excelsa ciudad, sea, como presenciado, como convalidado, por las figuras y por los nombres de estos claros varones que forjaron el esplendor de nuestro pasado, y que desde esos retratos y desde la blanca tez de esos mármoles están de continuo diciendo al mundo entero cuanto vale la gloria de ser y de llamarse cordobés.

* * *

Autoridades:

Representaciones:

Señores invitados:

Se os llama, para que presenciéis cómo sabe la docta Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta ciudad, elegir, de entre la juventud contemporánea, un valor de signo positivo para sumarlo a tantos otros, cuantos en el decurso de 27 lustros, se sumaron para mantener inhiesta la bandera de la cultura local, que es tanto como poner esmaltes nuevos en el viejo lema del escudo nobiliario de la ciudad, que proclama ser la Córdoba de todo tiempo: «clara fuente de sabiduría»...

Más, en el acto académico que habéis venido a presenciar, notareis que no se trata sólo de enaltecer a la Academia y a su nuevo

vástago, sino de que la Academia proclame, con un hecho más, cómo, desde el instante de su fundación hasta esta noche, ha sabido ella vivir atenta al mérito de los hombres intelectuales que se destacan entre los que enseñan en Cátedras, y muy singularmente al Profesorado del establecimiento oficial de Enseñanza Media que en la ciu-



Adaptado el Monasterio a la vida palaciana

dad funciona, y que ha dado siempre a la entidad que os habla por mi boca, sus mejores figuras togadas. Sobre las mucetas de colores distintos que envuelven pechõs generosos de hombres que aman la ciencia, coraza de sus corazones ansiosos de enseñar al que no sabe, ha tintineado en muchos casos la medalla distintiva de esta colectividad que veis reunida en sesión ritual. Repasad si no, la lista honrosa de Catedráticos y Profesores que lo fueron del Colegio de la Asunción de 1811 a 1847 y del Instituto de Córdoba de 1847 acá, buscan-

do nombres de académicos de esta nuestra, Real, cordobesa y centenaria, y comprobareis la afirmación. Se leerá entre los antiguos que lo mismo profesaron en la Cátedra que en la Academia, al pintor don Diego Monroy; a Muntada y Anglada; a don Luis Nivedual de Castro; a los hermanos de la Corte y Ruano; don Manuel y don Juan Antonio; al presbítero Riera de los Angeles; a don Julián Bustillo; como al señor Medina y Gales; a don Fernando Amor y Mayor; a don Luis Maraver el Cronista; a don Victoriano Rivera; a Ramírez de las Casas Deza, a Sentenach, a Santos Burillo, a Peré, a don Patricio Palacios; al pintor Saló y Junquet; a don Mariano Esquivel; a don Francisco Barbudo y Ramos; a Ceinos y Sanz, a Moreno Anguita y a Massa Sanguineti... y en la nómina evocadora, de los que componían la colectividad en los comienzos del siglo, a Cobo Sampedro; a don Manuel de Sandoval; a don Luis Olbés v Zuloaga; a Hernández Pacheco (único que sobrevive de entre ellos); a Fernando Ferrer de Oleza; al artista Ezequiel Ruiz; a Medina de la Bermeja; a Alfaro Vázquez; a don Juan Morán; a nuestro inolvidable Vázquez Aroca... y, más tarde a don Agilio Fernández; a Antonio Jaén Morente y a Camacho Pañilla; como hoy a García Conejero; Pérez Guerrero; Gálvez Villatoro; Orti Belmonte; Pérez Cacho; señorita Luisa Revuelta y a Hidalgo Barcia. Y hemos nombrado a más de cuarenta miembros de esta Academia que fueron elegidos —en distintas épocas— entre Catedráticos y Profesores del Instituto de Córdoba. Y, es, que nuestra centenaria entidad, que no otro fin persigue desde 1810, que la restauración entonces y el cultivo despues, de las Letras Humanas, y, que busca de continuo hombres de prestigio que destaquen en alguna actividad del saber, que cultiven ciencias, revelen maestría en las Artes o estén señalados por la buena opinión como excelentes en el oficio artístico o literario que ejercen, ha aprovechado siempre las ocasiones propicias para atar e incorporar a sus trabajos, a los más versados, que profesan en la docencia en nuestro Centro oficial de Enseñanza Media, y así, desde un principio el Fundador, el poeta Arjona, fué a buscar verdaderos valores cordobeses allí donde una previa selección los ofrecía reunidos, fijando la vista en las figuras de la intelectualidad local que enseñaban por aquellas kalendas en las aulas de la Asunción.

La trayectoria, se ha visto continuada, y al Claustro Profesor del Instituto siguió yendo la Academia a reclutar Cruzados por la Cultura. Ocho, entre Catedráticos y Profesores del Instituto-Colegio se sientan hoy en estos escaños, y el predominio en número, tiene

una clara razón de ser, con tal que se admita previamente, la excepción de mi propio caso, que no ha podido, en modo alguno, entrar en cuenta.

Los hombres de Cátedra, que aleccionan cada día centenares de discípulos, legión juvenil de una ciudad, realizan su labor, como en una colmena de cristal. Todos la ven y todos la enjuician. Si aciertan, sus aciertos polarizan la atención de las gentes y el resultado de su laborar, si es eficiente, trasciende pronto al pueblo y a sus instituciones. He ahí el caso de Don Juan Gómez Crespo, que apenas lleva unos años de actividad docente y ya la Fama lo ha ungido y su nombre corre de boca en boca, como sus publicaciones van, elogiadas, de mano en mano. Entonces, nuestra Academia se ha fijado en él, le ha llamado a un puesto de Académico Correspondiente que ejerció ya dos cursos, y ante la calidad de sus trabajos y el prestigio de su pluma y de su verbo, le ha brindado el puesto que hoy le otorga, aumentando el número de los Catedrático-Académicos, en los cuales este Cuerpo cargado de años y de méritos se abraza con el magisterio secundario cordobés proclamando así su excelencia y calidades.

Pero es el caso elocuente, que el socio nuevo viene a ocupar la silla que por su prematura muerte dejó vacía una alta autoridad entre las personas cultas de Córdoba y de su Instituto Nacional de 2.^a Enseñanza, un intelectual que brilló con luz propia en los centros secundarios de Cabra y de aquí: Juan Carandell, como ya sabeis, porque hace unos minutos lo proclamó Gómez Crespo. ¡Es triste! Parece que fué ayer, cuando con solemnidad análoga a la presente le recibimos de Numerario, en este mismo lugar, a estas mismas luces, ante casi todas estas mismas personas!...

La coincidencia de destino de una misma silla, antes ocupada por Carandell y desde hoy por Don Juan Gómez Crespo, es, algo más que una casualidad, es un paralelismo de vidas virtuosas, consagradas al estudio. Carandell y Gómez Crespo son los muchachos talentados destacados en los distintos pueblos natales de regiones lejanas, los jóvenes luchadores, con marcadas diferencias de carácter y de modo de ser como de temperamento; pero iguales en otros muchos aspectos de sus vidas. Los dos van, sedientos de saber, del pueblo a la ciudad y a la Corte y se forman reciamente y a la moderna en Bibliotecas y Universidades; los dos sienten vocación decidida por la enseñanza; los dos laboran (no a un tiempo, que no podían coincidir por diferencia de edades); los dos trabajan hondo en centros de es-

tudios de Madrid, con el tesón que piden modernamente los estudios serios; los dos son casos típicos de triunfo de la juventud en lides difíciles de la inteligencia, pues que ambos llegan a las cátedras vencedores, a la edad de 24 años; los dos hacen publicaciones sobre temas geográficos interesantísimos; sin que se señalen entre sus modos de ser y de actuar otras diferencias que la inquietud y tensión de ánimo del naturalista frente a la serenidad, circunspección y templanza del historiógrafo. Por lo demás, las vidas de ambos Catedráticos-Académicos no pueden ser más parecidas. Lástima que el malogrado Carandell por males físicos que perturbaron y truncaron luego la trayectoria de su obra docente, no hayan coincidido en nuestro Instituto estas dos figuras que a los ojos de la juventud que allí es aleccionada, son un claro ejemplo del triunfo del estudioso.

D. Juan Gómez Crespo—insisto—significó, el éxito del trabajo intelectual.

Nacido en Fernán-Núñez en Julio de 1910, vino a cursar el Bachillerato al Colegio Salesiano de Córdoba, como quedó dicho; más en los dos cursos últimos del plan que siguiera, acudía desde el Colegio de San Francisco de Sales a las aulas mismas donde ahora él enseña y alguno de los aquí presentes—yo me honro contándome entre ellos—tuvimos el honor de verle sentado en los bancos donde se acomodaba nuestro discipulado correspondiente a los años 1925 ó 26.

Estudió luego en la Hispalense en los tiempos en que España aún gozaba del bienestar que le proporcionaba el gesto del General Primo de Rivera, destacándose en las Facultades de Filosofía y Letras y en la de Derecho, como alumno modelo que contaba con la admiración y el respeto de condiscípulos y Maestros.

En 1932 y 33, se le expedían los dos Títulos de Facultad que había sabido ganar muy dignamente. Su gravedad de entonces ya, y su renombre de hombre de bien y de cristiano práctico, causa fueron, de que, por aclamación, resultara elegido Presidente en Sevilla de los estudiantes católicos federados, en el curso 1931-32.

La carrera profesoral de Gómez Crespo, es breve, todavía. Todos sus jalones, se han colocado en dos etapas, entre las cuales, quedó trazado el paréntesis de la guerra.

A fines de 1933, Gómez Crespo, ganados los cursos de selección, resulta nombrado Profesor de Geografía e Historia de uno de tantos Institutos de pueblo grande como creó la República; del de Nerva en tierra onubense.

El Movimiento, sorprendió a Gómez Crespo en zona que persistió

en poder del Gobierno republicano y la vida de nuestro nuevo compañero se vió comprometida en no pocas ocasiones, como su libertad arrastró graves peligros. El relato de su éxodo y de las vicisitudes que hubo de pasar, remata en quien lo escucha, en una conclusión: la Providencia divina estaba con él y le salvaba iluminando su mente para que urdiera con perfección de novela policiaca los ardi-des a que hubo de acudir para salvarse de los enemigos de la Patria y de la Paz.

Pasó la mala hora, y en 10 de Febrero de 1940, Gómez Crespo se posesionaba de un cargo de Profesor, de la disciplina que cultiva, en el Instituto de Badajoz.

Más tarde, las oposiciones de éxito resonante, y Gómez Crespo, que, elige destino—Cátedra en este caso—, en el Instituto de Cádiz. En 10 de Septiembre del mismo año 40, entraba al servicio de la Cátedra aludida, tan en buena lid alcanzada. Más, para poco tiempo; un sólo curso en aquella capital; pues que en 13 de Octubre de 1941 Gómez Crespo, lograba una de las grandes metas de su vida: enseñar por derecho propio en el Instituto de su comarca: en Córdoba.

Dos años después, se le confería, en señal de estima de sus méritos y discreción, el puesto de confianza de Secretario de nuestro Centro docente.

Esta es en síntesis, la carrera de Gómez Crespo: la trayectoria del funcionario, la historia administrativa del nuevo compañero, que, en la carrera literaria hay coetáneamente a la conquista y desempeño sucesivo de cargos, un tracto de acontecimientos, igualmente partido en dos por la guerra, como, el triunfo logrado en el año de 1934 en público certamen y por su trabajo intitulado «*Historia y significación de la Reconquista de Ubeda por San Fernando*» o como el éxito de su trabajo publicado en 1942 en la Revista Archivo Ibero Americano, que responde al epígrafe: «*Los franciscanos españoles en Tierra Santa*»: o como la intervención tenida en el Congreso de la Asociación española para el Progreso de las Ciencias al que acudió Gómez Crespo con su monografía «*La lucha por el Estrecho y las relaciones peninsulares en la mitad del siglo XIV, según la crónica de Don Alfonso Onceno*» que corresponde a fecha de 1945 y que ya ha visto la luz en el Boletín de esta institución nuestra.

Otras tareas, alguna galardonada con estimable premio, han salido del estudio de este investigador de asuntos históricos: así en las Terceras Justas literarias de Cádiz, año de 1944, Don Juan Gómez

Crespo era premiado por su trabajo «*Cádiz, la Ciudad más antigua de Occidente*». Un año después, o sea en el pasado de 1945, el compañero nuevo publicó en diarios y revistas, artículos de gran enjundia, como el aparecido en honor del Obispo Pérez Muñoz en el diario «Córdoba» el día 24 de Octubre, o como el que titulado «La Semana Santa en Puente Genil» se leyó en una bella Revista «*Faro esplendente*», editada en Zaragoza por cierta Hermandad del Cuerpo de Correos.

Gómez Crespo, es también conferenciante. A las muchas intervenciones elocuentes tenidas en Cádiz, hay que añadir su reciente conferencia dada en el paraninfo de la Delegación de Cultura de la Alta Comisaría que extiende por el Marruecos del Norte, la eficaz acción de España en la Zona del Protectorado.

Hasta aquí, el sucinto relato de la que podemos llamar hoja de servicios a su Patria, del nuevo Académico.

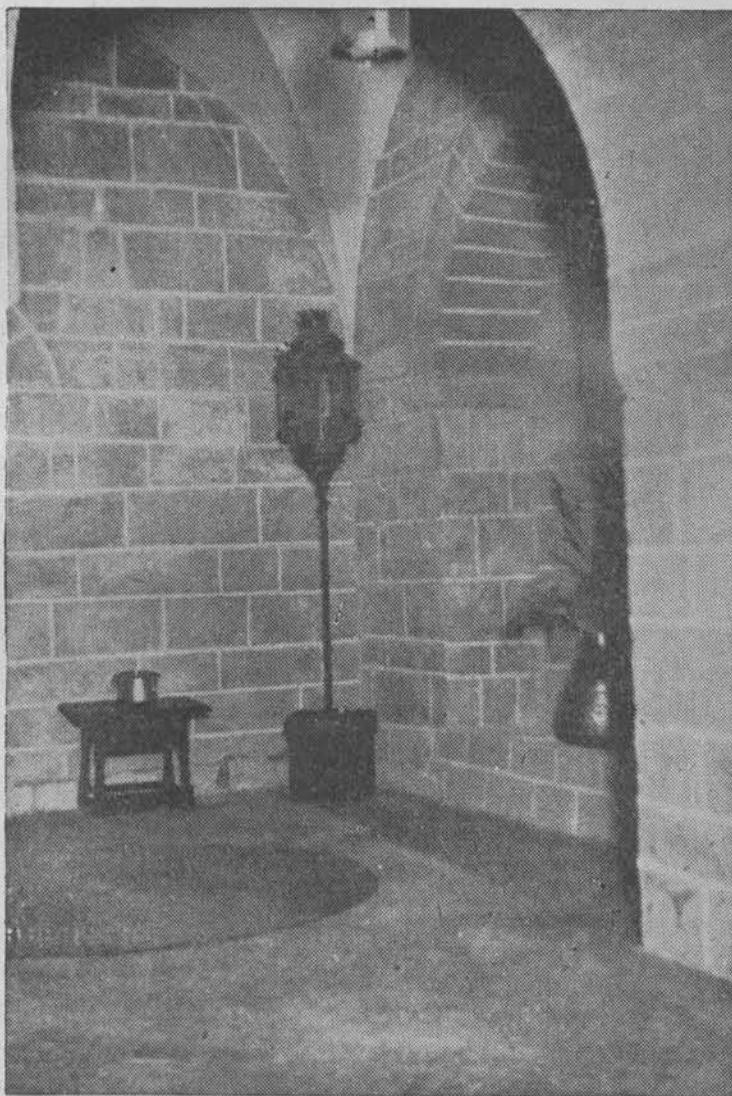
Otra se pudiera agregar de su actuación en la Academia, leyéndonos sus trabajos, asistiendo con celo, ilustrando a la Corporación con sus opiniones sobre los temas tratados en su presencia.

Pero es que si el Sr. Gómez Crespo no tuviera dadas muestras señaladísimas hasta ayer de su superior valía, como maestro, como investigador, como escritor de cuestiones históricas o sociales, fuera bastante argumento probatorio de su versación en estas tareas, el bello discurso con que acaba de regalarnos y que es un crédito de crecido valor, a su favor, que afianza, hasta donde preciso fuere, su competencia.

Bien hizo el nuevo Académico, al elegir un tema cordobés, al preferir de entre tantos como pudo tratar con competencia plena, este que ha tenido la virtud de darnos a conocer en su más exacta visión histórica el Monasterio de San Jerónimo de Valparaiso, ornamento de Córdoba tradicionalmente católica y monacal, y, sobre todo, al estudiar *la biografía* de este cenobio, con detalles que nos han permitido cerrar los ojos y trasladarnos a días medievales en que se fundara por fray Vasco de Sousa, para venir desde atrás, hasta el presente, siempre con la mirada puesta en este gran monumento de la Edad Media de Córdoba cargado de Historia, que merece por mil razones ser conocido del pueblo cordobés, ante todo, y después de quienes quieran saber lo que debe la Iglesia y España y nuestra ciudad a la austeridad y ascetismo de la Orden Jerónima.

¡Bien por el señor Gómez Crespo, al buscar un regalo para nuestros cansados espíritus y decidirse por darnos a gustar pieza de in-

vestigación histórica como la que resultará a nuestro alcance el día en que veamos impreso el trabajo erudito que solo a grandes rasgos acabamos de ver trazado! Mas, lo que no sabeis seguramente es que a D. Juan Gómez Crespo no es ajeno ni indiferente lo que se toca



...en retocar aquellas piedras seculares y en acumular a su sombra las más bellas creaciones del mobiliario y del menaje antiguo

con la Orden fundada por el Doctor anacoreta de Belén. Hubo en los días en que Gómez Crespo cursaba Filosofía y Letras en Sevilla, una curiosa conjunción de ideales, de afanes y de aspiraciones, entre nuestro nuevo Académico y el actual restaurador de los Jerónimos en España, el sacerdote que entonces se llamaba D. José Crti Rodríguez, y hoy es, el Padre José de Lopera, Prior de los Jerónimos del Parral, de Segovia. Dialogaron con frecuencia los dos amigos sobre

la resurrección que por aquel entonces ocurría en la Orden, precisamente en el Parral, bajo los auspicios del Obispo de Segovia, Castro Alonso, y con la más gustosa intervención del Nuncio Tedeschini. Aquel intento de vuelta de San Jerónimo a España en el espíritu de nuevos hijos suyos, había de languidecer y de extinguirse, porque en los inexcrutables designios de lo alto, estaba ya, que había de ser precisamente el futuro restaurador y caudillo de los nuevos jerónimos, el propio sacerdote Orti condiscípulo de los Salesianos de Córdoba primero, y en la Facultad sevillana de Filosofía y Letras después, de Don Juan Gómez Crespo.

¡Qué curioso hubiese resultado hoy leer estereotipadas las conversaciones de entonces, en las que nuestro compañero aconsejaba—servía de guía—, a su amigo, el hoy autor felicísimo de la restauración jeronimiana en España Fray José de Lopera, al que la Iglesia debe ahora el milagro de haber atado con nudo, que parece firme y fuerte, —indestructible ya—, una brillante tradición monástica española! ¡Quién sabe si alguna vez en aquellas reiteradas conversaciones entre el sacerdote jovencito y nuestro Gómez Crespo, imberbe, en horas de intimidad de espíritu, no pasara por la frente de nuestro compañero la idea de aumentar el número de los dichosos, felices y predestinados ocupantes actuales del claustro del Parral

*
* *
*

Ha logrado el Académico nuevo conseguir de modo tal el acierto a que aludió en frase de Miquelet, que bien pudiéramos decir, luego de oída la lectura fragmentaria de su discurso, que pronto hemos de paladear completo, que ha logrado Gómez Crespo, *resucitar el Monasterio de Valparaiso*, uno de los cincuenta que bajo el cielo de España recogieron antaño tantas vidas ofrecidas en alabanza a Dios y en pro del esplendor del culto divino.

Si su amigo el sacerdote Orti Rodríguez, casi cordobés por estirpe, ahora convertido en Fray José de Lopera, resucitó en 1941 a la Orden española de Jerónimos en el Parral, Gómez Crespo ha resucitado también con su palabra, en el concienzudo estudio que nos trae como credenciales de su saber, el Monasterio Jerónimo de Valparaiso, vulgarizando modernamente su bella historia.

Acabamos de verlo con los ojos de la imaginación, vivo, en movimiento, poblado de monjes blancos de escapulario y capa parda, deleitándonos al escucharles, como entre sueños, entregados al canto de las Horas Canónicas en su Coro, o escurriendo el cuenco en el

refectorio o trabajando la tierra con esfuerzo corporal, en las Laderas ..

Bien vino a todos esta ocasión, para aprender en una acabada monografía, calculada con justeza, realizada en correctísimo lenguaje, redactada y compuesta con inmejorable primor y buen gusto literario, una historia de cinco siglos que nos hará mirar desde hoy más emotivamente, la mancha rosácea que destaca sobre el verdinegro retablo de nuestra sierra y que como hueste avanzada del alma religiosa de la ciudad, parece que sale a recibir a los que ávidos de emociones llegan a ella, por su rumbo de Poniente.

Pero, decididamente, después de trazada por el recipiendario esa estampa histórica que supone tan honda investigación en crónicas y documentos, en Libros de Becerro y en datos perdidos en obras manuscritas e impresas, nadie puede, que no sea, como lo es Gómez Crespo, hábil averiguador y maestro en arte de historiar, añadir una palabra siquiera que tienda a completar, si algo le faltase, que nada le falta, la bella historia cuyas primicias nos ha dado a gustar.

Dios nos libre de intentar siquiera el comentario a las páginas de esta Historia del Monasterio de Valparaíso. Sólo alguna brevísima glosa marginal, corresponde a nuestro papel, y ello por servir la costumbre y por hacer debidamente los honores a manjar tan delicado como el que pone a nuestra mesa D. Juan Gómez Crespo.

Córdoba no era, a la llegada de Fray Vasco de Sousa, fundador de los Jerónimos, a sus puertas, un país desconocedor de la vida monacal. Hacía ya muchos siglos que los espíritus selectos, —y nuestra ciudad los dió siempre—, buscando retiro, oración cómoda y meritoria penitencia, habían huído del ruido de la ciudad y sacado su habitación estrecha a la lejanía de los campos. Monjes, anacoretas y ermitaños hubo en los alcores de nuestra Sierra en todos los tiempos. De ella bajaron hasta las puertas del Alcázar Califal, los mozárabes continuadores como habeis oído, del espíritu monástico visigodo, a buscar decididamente el martirio; y, los cenobios de nombre perfectamente conocido, el Tabanense, el Armilatense o el Peñamelariense, están sonando de continuo en nuestros oídos porque están claramente definidos en nuestras viejas historias.

Pero, ciñendo el marco de este tema a los días de la Reconquista por San Fernando, es ésta la mejor ocasión de recordar que el Rey conquistador, que trajo consigo y que aquí asentó y afianzó con bienes para su sustento, varias Ordenes Religiosas: Mercedarios, Agustinos, Trinitarios, Franciscanos y Dominicos, fué quien consagró, si-

glo y medio antes del arribo del portugués Vasco de Sousa, fundador de los Jerónimos, el bello lugar de Valparaíso en que después había de resonar la salmodia de los jeronimianos peremnes cantores de la gloria de Dios a las horas del día y de la noche.

Valparaíso tiene a nuestro entender origen más bello que lo delicioso y paradisiaco del paisaje. Cuando arribaron los Jerónimos y eligieron el lugar, o se lo dió a elegir D.^a Inés de Pontevedra, ya había un Convento de Valparaíso, de frailes del Cister, abandonado, en aquel mismo paraje deleitoso. La historia, merece contarse:

¡Valparaíso! sonoro nombre del rincón más resguardado de nuestra sierra-retablo.

Allí donde los hijos del Doctor de Belén levantarían el Monasterio fundado en 1405, se alzó mucho antes, a mediados o a fines del siglo XIII, otro cenobio con tradición también rural y ascética, no muy luego arruinado: el de los monjes del Cister, fundado por Fernando III, a poco de la conquista. El nombre de Valparaíso, es la más tierna alusión al hecho del nacimiento del Santo Rey en circunstancias singulares y críticas.

La gran Reina doña Berenguela de Castilla, desasistida de su marido el monarca Don Alfonso IX de León, va caminando un día, seguida de reducido séquito de leales, por las ásperas sierras que separan los campos salmantinos de las tierras de Zamora.

La marcha es lenta; que, así lo exige el estado de la egregia Señora, habiéndose retrasado por ello el término del viaje.

De pronto, echan todos pie al suelo al anuncio de que la Reina, dentro de breves horas, va a ser madre, y es fuerza hacer un alto a campo raso.

Y se busca un lugar resguardado del frío y de los vientos en la brava serranía y se encuentra, en un escondido valle entonces llamado «de las Peleas» y después de «Valparaíso», entre los escarpes de tres montañas que lo rodean.

Sin preparativos adecuados, sin la vigilancia de los físicos de Cámara, sin otras comodidades que la estrecha tienda de campaña, ni otros ánimos que los que infunden las deprecaciones al Altísimo elevadas en el silencio augusto de aquella fragosidad por los frailes del cercano convento de Belfonte, nace un Rey que había de ser famoso; un hombre que había de ser santo.

Bajo el cielo leonés, vuelven a sonar los cánticos de acción de gracias y de alabanzas al Señor entonados por aquellos humildes religiosos del Cister.

Cuando el Monarca creció, creció con él la gratitud hacia quienes habían compartido con su amada madre las angustias del trance y la amarga soledad del desamparo.

Y donde quiera que halló en sus empresas de conquista traídas hasta los confines de Andalucía para ensanchar el Reino de Dios y el suyo, en lugar semejante, un sitio topográficamente parecido al en que aconteció su nacimiento, con el nombre de «Valparaíso» lo bautizó, y en él dejó establecido un convento cisterciense.

Por ello hay un lugar de Valparaíso en Jaén, y otro en Sevilla, y en Córdoba un tercero; por ello hubo un día en los tres, otros tantos cenobios donde a Dios se alabara, por boca de los hijos de San Benito y de San Bernardo.

He aquí por qué, el rincón más resguardado de nuestra Sierra se llama hace más seis siglos «Valparaíso».

Desde que don Fernando tuvo conciencia de sí, y supo el episodio de su nacimiento en descampado sin otro auxilio que las oraciones del vecino convento de Belfonte, sintió fervorísima gratitud hacia la Orden del Cister que lo poblaba.

Este arraigado afecto a los frailes cistercienses, culminó prontamente: cuando el Rey de León preocupado por la capacitación de su hijo primogénito para el día que hubiera de sucederle en la Corona, confirió a los frailes de la propia Orden la formación del espíritu del Príncipe niño.

Conviviendo con los monjes y ejercitándose en piedad, ya al lado de ellos en las horas corales, en las de estudio o en las de asueto; ya a solas en la celda que se le destinó en el cenobio, es cierto que el alma del que había de ser Fernando el Santo, formóse en virtud y se enriqueció de todas ellas, en uno de aquellos conventos medioevales que eran por entonces en España los únicos baluartes donde se había refugiado la cultura y la sabiduría.

Hechura intelectual de los cistercienses, nada de extraño tiene que cuando entra a posesionarse de Córdoba, el Rey vencedor, le acompañe en calidad de consejero y aún de director de sus resoluciones, un prestigioso fraile del Cister que con él había asistido al cerco: don Fray Lope, Abad según parece, del Monasterio de Fitero; que, más tarde, le haga el monarca donaciones: Casas, Horno, Viñas, Huertas Rueda de Aceña; y que, erigida la Catedral cordobesa —año 1238—, en un sitio —no se sabe cual—, de la Mezquita, le elija por el primer Obispo de la Córdoba récristianizada.

Como a 4 de Febrero de 1239, estaba D. Lope de Fitero, elec-

to, es decir, no posesionado aún de la Silla cordubense, y en 10 de Junio de 1245, ya consta que había muerto, entre estas dos fechas queda encuadrado el tiempo de su mando en los asuntos espirituales y temporales de nuestra ciudad a raíz de ser reconquistada.

La Orden del Cister, dió pues a Córdoba el que fué la cabeza de su moderno episcopologio. La Orden del Cister estableció aquí su cenobio de «Valparaíso». La Orden del Cister importó hasta aquí su arquitectura monástica singular, de la que queda un atisbo elocuente en el Baptisterio de San Miguel. El Monarca reconquistador, heredando de su antepasado Alfonso VII de Castilla, el fervor por los monjes Bernardos, nos los trajo. Era su Orden predilecta; el recuerdo más grato de su nacimiento y de su educación.

Después de haber escuchado esta bella historia, que compusimos y publicamos hace diez años, bien podeis comprender la razón de preferencia que pudo tener Fray Vasco para elegir este sitio entre los tres que le ofrecía la noble dama cordobesa madre del Alcaide de los Donceles y abuela del Obispo Solier: Tradición de Monasterio Real fundado por el Rey Conquistador, y proximidad a la cantera inagotable de las ruinas de Medina Azahara, de las que, sin duda, salió la mayor parte del material recio con que nuestro San Jerónimo de Valparaíso iba a ser fabricado de planta sobre los derribos del cisterciense cuyos frailes habían pasado a un nuevo Convento, en la Ribera; el que después, al abandonar a Córdoba ocuparon los dominicos, junto a la Puerta de Martos.

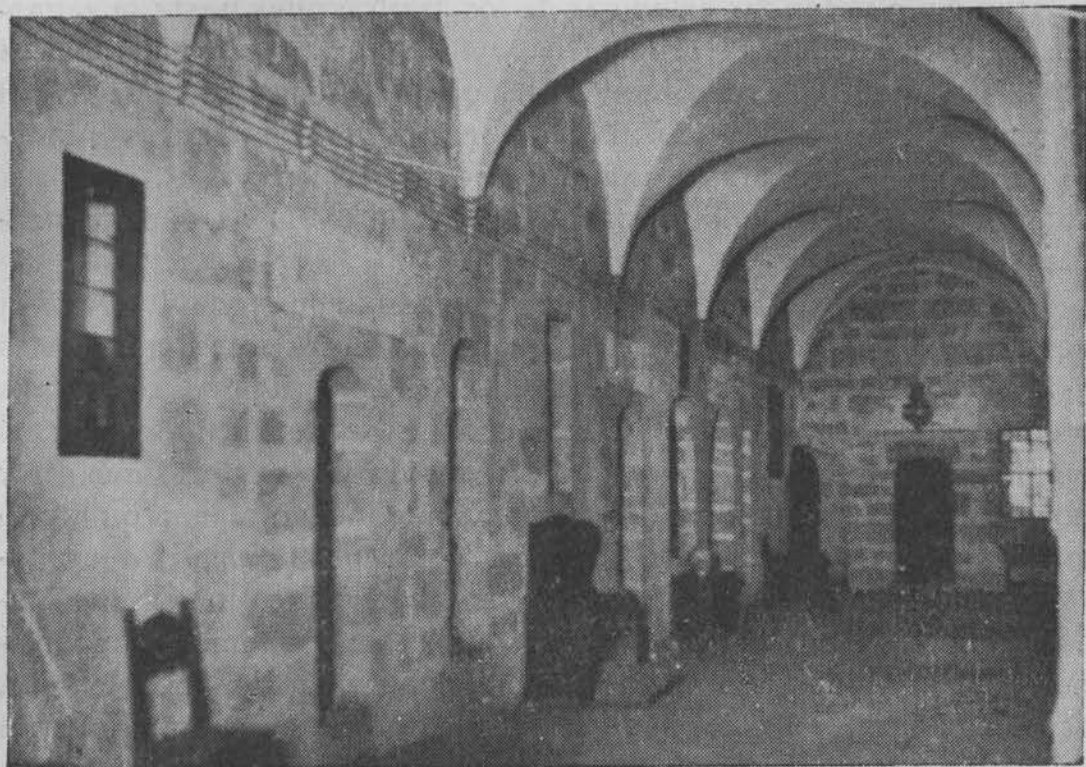
Por cierto que es curiosa otra coincidencia: La historia que tan perfiliada y completa acabais de oír, en fragmentos, al nuevo Académico, exalta como no podía menos una figura de mujer: la de doña Ines de Pontevedra, Señora de Chillón. Del gusto con que esta nobilísima cordobesa dió el lugar, proveyó a la subsistencia de los monjes, aderezó las piezas del primitivo convento, facilitó alimentos y utensilios y puso en él el ajuar de muebles y ropas necesario, da idea la frase que corrió a la sazón en boca de los cordobeses para ponderar la liberalidad: «...como si casase a una hija...» se dijo para comparar las provisiones que hiciera en honor de los nuevos frailes que entonces se entraban por las puertas de la vida cenobita cordobesa.

Otras figuras de mujeres habían de cruzar luego por la historia del estupendo Monasterio enclavado en nuestra Sierra. No nos referimos a la de la Gran Reina doña Isabel que lo habitó en más de una ocasión, queremos aludir a una inteligentísima mujer de nuestro

tiempo, pero que ya no existe; y, he nombrado sin nombrarla, a la ilustre Marquesa del Mérito y de Valparaíso.

Todos los presentes la conocísteis y algunos, no muchos, la tratásteis, pero todos podeis medir muy bien su gesto, al comprar en el año de 1912 las ruínas del Monasterio de San Jerónimo para salvarlo de un acabamiento que ya se creía inevitable.

Lo demás, lo hemos vivido los presentes. El día de San Rafael de 1916 se desposaba en la iglesia destechada de aquel Monasterio la



Solo faltan las estampas de los frailes...

que hoy es Duquesa de Santoña, hija mayor de la Marquesa del Mérito y ya en los cuatro años que habían mediado desde la adquisición a la utilización, podía valorizarse el esfuerzo, cordial y económico, que significaba la tarea restauradora. Desde 1912 acá, en los treinta y tantos años transcurridos, no cesó ni un día el empeño de retocar aquellas piedras seculares y en acumular a su sombra las más bellas creaciones del mobiliario y del menaje antiguo, y todo con un cariño, con un propósito tan alto de resucitar el ayer glorioso, que si algún error artístico pudiera descubrir el crítico severo, bien compensado se hallará con el gusto y el esfuerzo que allí se nota por devolver la vida a los augustos despojos del Monasterio que había pertenecido a varios dueños desde que se vendieran en pública subasta a virtud de

las Leyes desamortizadoras, —entre ellos a la Marquesa de Guadalcázar, largos años su dueña; que habían estado expuestos a perecer del todo para verse convertidos en Sanatorio de enfermedades mentales; y, que, por fin, vinieron a unas manos delicadas de aristócrata cordobesa que le devolvió su primitiva prestancia logrando —con gran éxito—, armonizar su antiguo y su moderno destino.

Adaptado el Monasterio a la vida palaciana de una familia principal, no por ello priva hoy al visitante de fortísima evocación de lo que fué. Sólo faltan las estampas de los frailes, pues hasta la salmodia de sus rezos, alarde de esplendor del culto en que descansa la Regla Jeronimiana, es suplida por trinos de ruiseñores y músicas del viento, haciendo del edificio el recuerdo más veraz de aquel verdadero baluarte de antiguas grandezas que habla todavía de ascéticas vidas, de rigideces de observancia, de aposentos reales, como de trabajos de azada.

Dijérase que el silencio y la paz y la quietud que todavía presiden aquel recinto de oración, se han guarecido entre los contrafuertes del patio claustrado bajo los reposteros de esmeralda de sus yedras o en los musgos que amortiguan el choque de los surtidores de sus fuentes. Allí está todavía el espíritu de los frailes cantores que día y noche alababan al Señor, porque está vivo e intacto el marco natural que es alabanza perenne del Creador, y porque la dama restauradora, con la que Córdoba, España y el mundo artístico tienen una deuda incancelable que perdura después de su muerte, quiso y lo consiguió, que el Monasterio que por fuera tiene, visto un poco de lejos, vejez de calavera, de órbitas vacías, tenga alma en su interior, y el refectorio por ejemplo siga siendo lugar de refección, donde más que de la pitanza— tan traída y llevada gratuitamente—, se respire la austeridad evangélica ahuyentando los deleites del olfato y del gusto, con lectura de vidas humildes y mortificadas, advertencia saludable desgranada en palabras desde los púlpitos de fina blonda de hierro; y los platos de peltre nos hablen de pobrezas, y el lienzo que preside, copia exacta del de la Santa Cena, que vió desde el siglo XVII comer a los Jerónimos, siga teniendo la virtud de proclamar que Jesús se sentó también a una mesa y se quedó con nosotros sobre unos blancos manteles que entonces se extendieron y jamás se han de levantar.

Y en las celdas, como en la botica, como en la Sala prioral, también están todavía los Jerónimos porque está su espíritu en la traza de las piedras, en las leyendas que sobre ellas campean pintadas, en

cuya recomposición, por cierto, si hubo algún error, bien perdonable es, por cuanto acusa honradez y propósito de exactitud e incluso timidez al tocar lo que tiene polvo de siglos y taumaturgia de resurrección.

El Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, con sus líneas fundamentales conservadas y acariciadas; con el orgullo de su restauración amable y cariñosa; con el tesoro que se le ha yuxtapuesto de muebles de época, de tallas, cuadros, hierros, libros, vasijas, mesas y faldistorios, lámparas y tapices, bancos, sitaliales y objetos piadosos, es el mejor índice de lo que fué la vida en los tiempos desde su fundación acá. No necesitaba más que un cronista de la Orden que continúe desempolvando papeles y descubra ahora la historia del edificio. Ese historiador, ya lo tiene: es, nuestro nuevo Académico Gómez Crespo. El nos ha hecho desde las páginas de su discurso, embrión de un magnífico libro, conocer la vida de estos frailes que en el silencio de la serranía cordobesa, no muy alejada de la ciudad pero sí de sus ruidos, cantaron día y noche en alabanza de Dios hasta los años de las tres sucesivas exclaustraciones; que alternaron sus genuflexiones y postraciones en acatamiento a la Divinidad con el encorvado de su cuerpo sobre la tierra para labrarla en los bancales; que acaso bordaron ornamentos como los de Guadalupe o miniaron pergaminos como los del Escorial, pero que fueron siempre, no lo que dicen sus detractores, hombres que invirtieron metódicos su horario de cada día en tres ocupaciones fijas: 8 horas para cantar, 8 para comer, 8 para dormir y el resto para estudiar, —así dicho con sorna—, sino que vivieron en aquellas alturas loablemente; despreciando sus cuerpos hasta cansarlos con el trabajo; buscando en el retiro y en el apartamiento del trato con los hombres, aprovechamiento de todos los instantes hasta hallar la perfección evangélica; educando sus almas en la imitación de Cristo por medio de asistencia de enfermos y de comida a pobres y de todas clases de caridades heróicas; sintiendo la mayor repulsa a intervenir en los negocios públicos de lo que no se desdeñaron virtuosos profesos en otras Ordenes mendicantes y austeras; dedicándose en cuerpo y alma al culto divino en cuyo mayor esplendor invertían como mínimo en cantar el Oficio ocho horas diarias y doce en las fiestas solemnes; exagerando la observancia de sus Reglas como enérgica repulsa contra el estado moral del ambiente y mereciendo que al sentirse necesidades de reforma en la misma vida religiosa, los Reyes Católicos se la encomendasen a su Orden.

Y si alguno dijere que dieron al mundo pocos sabios, que cultivaron poco las ciencias y las letras, contestará Gómez Crespo con esos nombres y esas vidas breves de Fray Alonso de Oropesa, del Padre Sigüenza o del artista Fray Antonio de Villacastín, seguidas de otras muchas figuras relevantes, pero rechazará mejor el defecto y la inculcación injusta, afirmando rotundo que el demasiado retraimiento de los Religiosos de esta Orden Española, que su excesiva sencillez eran la contrapartida de su místico afán en que la atención del monje jerónimo fuese absorbida por entero en el servicio Divino en el Coro, en el esplendor del culto, descuidando todo lo demás, incluso la expansión por otros países, la unión con ramas de su mismo tronco prósperas en otras naciones, y hasta las gestiones tendentes a promover la subida a los altares de sus religiosos más penitentes y santos, heroicos en virtudes. Vidas preciosas las suyas, ofrecidas por entero a los Laudes y a la Jaculatoria, al Himno sagrado y al cántico al Señor, canto sin oyentes terrenos pero en competencia con los ángeles cantores que sirven junto al Trono celestial. Vidas admirables, mortificando los cuerpos y forzándolos al trabajo hasta cansarles, pero tonificando los espíritus con la música perenne y la meditación sobre las grandes ideas que contiene el Oficio Divino, para sólo ejercitarlo en la alabanza del Señor.

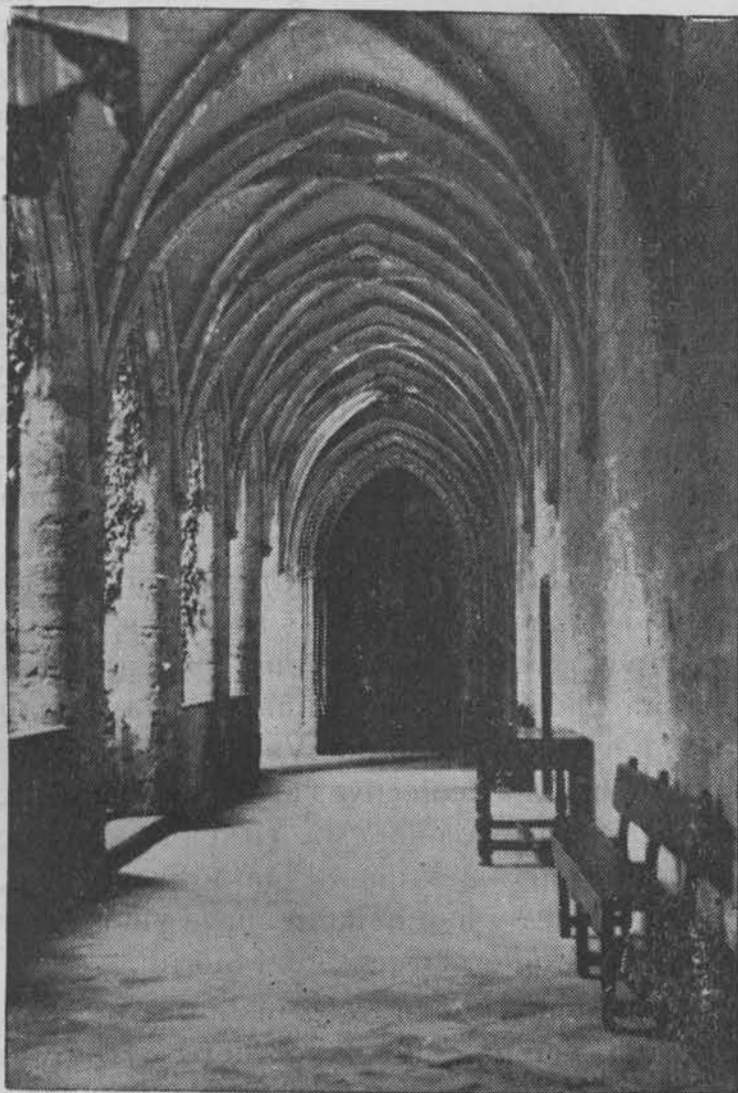
El esplendor del culto, tan buscado, les llevaría a trazar iglesias bellísimas, a concertar tallas de mano maestra, a adquirir pinturas inspiradas y joyas ricas de orfebrería, a bordar terciopelos en seda y oro, para que todas estas creaciones humanas se subordinasen a la Majestad increada.

El sueño intranquilo por tener largas horas de Coro a media noche; la actividad misma del canto; las vigiliias de 132 días en el año; los trabajos de azada sobre la tierra y los demás que consistían para muchos en primores de mano; las disciplinas con que azotaban sus carnes tres veces en semana, contradicen la leyenda negra y las bromas anecdóticas que sobre estos frailes ha tejido el vulgo ignorante hasta que los eruditos han hallado en los libros de Hacienda y en los papeles antiguos que ahora van saliendo de los Archivos de los extinguidos monasterios de San Jerónimo, la contrapartida de las incalculables limosnas con que socorrían a los pobres que, vagando por los campos, acudían a llamar a la campana de sus Hospederías.

Reivindicación de la vida jerónima en Córdoba, ha de ser misión de todos los que conozcan su historia en la ciudad.

Nuestra tierra cordobesa, es tierra felizmente predestinada para

el monacato jeronimiano. Ni un sólo día, desde el principio del siglo XV, se ha dejado oír en el ámbito de la urbe y de los campos que la rodean, la oración cantada que es directriz de la ocupación de los que profesan en esta Orden. Desde el día en que Fray Vasco entonara por primera vez el *Venite Adoremus* como una invitación a las cria-



El Monasterio... con sus líneas fundamentales conservadas y acariadas...

turas a adorar al Creador, hasta la tarde de hoy, en que se habrán cantado seguramente *Vísperas* y *Completas* desde el Coro de Santa Marta, no faltó en el aire que respira Córdoba la voz de los jeronimos en la divina alabanza continua, pese a todas las exclaustraciones sufridas en el último siglo... Oración, oración cantada, adoración perpetua al Sacramento, esplendor del culto litúrgico, estudio, penitencia,

austeridad, retiro... esas fueron las cardinales directrices de los frailes de Valparaíso, preceptos en su esencia jeronimianos y en su raigambre monásticos.

A poco de la fundación de la rama de varones, se hizo en Córdoba la de mujeres que subsiste y florece.

...Año de 1464.—Varias señoras de gran piedad: Doña María Carrillo, Doña María de Torquemada, Doña Elvira, Doña Isabel y Doña Catalina... que se reúnen a vivir en comunidad en la Casa de Cárdenas y que obtienen la vénia papal desde el Bulario de Paulo II. Honor singular que este Convento presta a Córdoba, por ser el primero que en los Reinos de España toma la advocación que tiene.

Frailes y monjas, unos y otros, desde el nacimiento de la Orden Jerónima en España, bajo las reglas de San Agustín. hasta que los Gobiernos con su desaprensivo despojo arrojaron a aquellos siervos de Dios de sus lugares de oración, Córdoba—el poblado y su sierra,—han sido dignísimo retablo desde donde irradió a la España católica el alto fin que para la propia santificación y el esplendor del culto cumplieron los ocupantes de Valparaíso como las monjas emparejadas en Santa Marta.

Habéis hecho muy bien, Sr. Gómez Crespo, en ejercitar vuestras envidiables aptitudes para componer las Historias, en hacerlo de este bello retazo de vida interna de Córdoba en una buena época. Falta sólo, que cuando cada cual—difundida vuestra monografía—, se aleccione en sus páginas sobre lo que Valparaíso significó, una adecuada ordenación de visitas colectivas al edificio magnífico, ponga a todos los cordobeses gustosos de esta clase de emotivos placeres, frente a las piedras venerables que levantó Fray Vasco, favoreció Doña Inés de Pontevedra y han hallado nueva vida en la conducta admirable de la hoy difunta Marquesa del Mérito.

Para su memoria pido yo en este instante al Sr. Alcalde de la ciudad un recuerdo perenne de los cordobeses agradecidos, y en nombre de todos, del Ayuntamiento... y ello pudiera ser, una piedra elocuente que ilustre con palabra expresiva desde ahora en adelante el muro del pran patio antesala de la iglesia de los Jerónimos.

Quien puede saber si un día, vibrando España con el mismo alto espíritu que hoy anima a Sor Cristina de la Cruz (Cristina de Arteaga) consanguínea cabalmente de la ilustre restauradora del edificio y hoy religiosa jeronima, como enviada de Dios para favorecer la re-

surrección de este Monacato de varones en España... El Parral, Yuste... volverá a escucharse la salmodia en el Coro y en los claustros de este edificio monacal y cordobés de Valparaiso... ¡Quién lo puede saber, cuando ello pertenece a designios inexcrutables de arribal

¡Quién puede adivinar el porvenir de esta Orden en nuestra ciudad!

Entonces—por otro medio—se operaría también la familiarización del pueblo cordobés con su más bello y pintoresco Monasterio...

He concluido cuanto en representación de la Academia centenaria tenía que decir, como débil respuesta al cincelado discurso del Sr. Gómez Crespo, mas, antes de dejar la vénia que, para leer me fué dada por la Presidencia, cumpla honroso deber de saludar, en nombre de todos, a los dos Profesores bolivianos Doctor Armando Alba y Doctor Roberto Prudencio, que buceando en nuestros monumentos y en las instituciones culturales de España, recogen ávidos en las retinas de sus almas incontables impresiones de la vieja Madre Patria, para difundirlas luego desde la altura de sus Cátedras en el país a que pertenecen. Hemos tenido el honor de invitarles a este acto académico, y ellos la distinción de venir a presenciarlo. La Academia se siente orgullosa de que, tan destacados miembros de la intelectualidad boliviana, sean testigos de este acto oficial que incorpora un nuevo valor de juventud, un injerto saludable, a nuestra vieja institución; y creo interpretar los sentimientos de todos mis compañeros los Numerarios con derecho a formular propuestas, proclamando Académicos Correspondientes de esta Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba que cuenta laureles desde ciento treinta y seis años atrás, a los Sres. Profesor Prudencio y Profesor Alba—cuya presencia nos enaltece—, y así, como recuerdo de su paso por Córdoba en este instante, el uno en San Luis de Potosí y el otro en La Paz, podrán ufanarse con el título de cordobeses de honor, que, tanto vale, ser miembro de institución tan cordobesa, tan antigua y tan prestigiosa.